

TRES DÍAS DE NOVIEMBRE

JOSÉ MANUEL SÁNCHEZ RIERA

LA HISTORIA DEL
ESPÍA ESPAÑOL
QUE SOBREVIVIO
AL INFIERNO




ESPASA

JOSÉ MANUEL SÁNCHEZ RIERA

TRES DÍAS DE NOVIEMBRE

La historia del espía español que sobrevivió
al infierno



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Mapas de interior: Jesús Sanz

Edición a cargo de Zulema Larripa Greño

© José Manuel Sánchez Riera, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034, Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2025

Depósito legal: B. 2.482-2025

ISBN: 978-84-670-7615-8

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión y encuadernación: Unigraf, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España



ÍNDICE

PRÓLOGO	11
1. ¡BIENVENIDOS AL INFIERNO!	15
2. DE PROFESIÓN, SOLDADO	25
3. CITA CON EL CESID	33
4. CENTRO NACIONAL DE INTELIGENCIA	41
5. DESTINO, IRAK	53
6. LA SITUACIÓN SE AGRAVA	65
7. EL VIAJE A IRAK	73
27 de noviembre: Diwaniya	79
28 de noviembre: Al Hamza	89
29 de noviembre: una mañana en Bagdad	97
8. LA EMBOSCADA	107
El valor de un beso	124
9. A LA ESPERA DE NOTICIAS EN ESPAÑA	139
10. UNA LARGA NOCHE	149

ÍNDICE

11. SALIR DE IRAK	155
12. REGRESO A CASA	167
13. REDADA EN LATIFIYA	179
14. VUELTA AL TRABAJO	185
15. LA HUIDA	193
16. HORA DE TERAPIA	207
17. CAER PARA LEVANTARSE	213
18. ADIÓS AL CNI	223
19. LAS VÍCTIMAS	231
EPÍLOGO	245
AGRADECIMIENTOS	255

1

¡BIENVENIDOS AL INFIERNO!

Sabíamos que nuestra misión en Irak no sería fácil. Llegamos a Kuwait el 26 de noviembre de 2003 con una simple maleta y cargados de emociones; una extraña mezcla de ilusión, responsabilidad y tensión. Habían pasado ocho meses desde la invasión llevada a cabo por la coalición internacional liderada por Estados Unidos, que acabó con el Gobierno de Sadam Husein y, aunque hacía tiempo que la guerra había terminado, las amenazas y la inseguridad seguían presentes en las calles. Más aun, los ataques de las guerrillas insurgentes y la presión de grupos terroristas, algunos vinculados a Al Qaeda, habían aumentado en los últimos meses, al tiempo que se desmantelaba la estructura de un Estado controlado durante años con mano de hierro por el partido Baaz de Sadam.

El 19 de agosto, un terrorista suicida había empotrado un camión cargado con explosivos contra el Hotel Canal, donde la ONU había instalado su sede. Hubo más de veinte muertos y un centenar de heridos. Entre los fallecidos se encontraban el diplomático brasileño Sergio Vieira de Mello, jefe de la delegación de Naciones Unidas, y el capitán de navío español Manuel Martín-Oar, adscrito a tareas de cooperación. Fue el

mayor atentado sufrido por la ONU en toda su historia y causó una gran conmoción.

Especialmente violentos habían sido también los meses de octubre y noviembre, coincidiendo con la celebración del mes sagrado de Ramadán en el mundo musulmán. Algunos cuarteles de los diferentes países que se habían sumado a la coalición tras la invasión fueron igualmente atacados. Todos éramos conscientes de la situación, pero ninguno de nosotros podía olvidar que no hacía ni dos meses, el 9 de octubre, habían asesinado a nuestro compañero José Antonio Bernal en las calles de Bagdad. Lo mataron a tiros en la puerta de su casa; evidentemente, no había sido algo casual, sino que fueron a por él. Varios de nosotros lo conocíamos personalmente. Yo coincidía habitualmente con él en la sede del CNI en Madrid, donde estuvo un tiempo antes de partir para Irak, y Alberto Martínez había sido su jefe y compañero durante dos años, por lo que tenía con él una relación especial. En nuestra historia reciente, era el primer espía español, el primer miembro del CNI abatido en una misión, y eso pesaba mucho en el ánimo de todos los miembros del Centro, que seguía investigando las circunstancias de su muerte y buscando a los autores.

Aun así, afrontábamos el viaje con entusiasmo. Era nuestro deber y estábamos convencidos de su importancia. Todos habíamos pedido la misión como voluntarios y deseábamos llegar cuanto antes.

Los cuatro «Joses», o los cuatro «Pepes», como algunos nos llamaban por la casualidad de compartir nombre —José Ramón Merino Olivera, José Carlos Rodríguez Pérez, ambos

comandantes de Infantería; José Lucas Egea, brigada de Caballería, y yo, José Manuel Sánchez Riera, sargento primero especialista en telecomunicaciones—, formábamos el segundo grupo de agentes del CNI encargado de relevar a los compañeros que, desde julio, daban apoyo a nuestras tropas desplegadas en Diwaniya y Nayaf, la zona sur del país, donde se centraba la participación española como refuerzo a la reconstrucción del país.

Nuestro plan era estar allí cinco días, en una especie de visita previa de reconocimiento para pisar el terreno y palpar la situación *in situ*. Y, por supuesto —algo básico para cualquier servicio de inteligencia—, establecer relaciones y mantener contacto con personas de las que podríamos obtener información importante, al menos la necesaria para hacer nuestro trabajo cuando nos incorporásemos en enero: intentar que nuestros soldados sufrieran los menores riesgos posibles y evitar que algo o alguien les impidiera cumplir con su misión.

Antes de salir de Madrid habíamos enviado, junto con algunas otras cosas, nuestra indumentaria militar. Una de las condiciones para formar parte de la misión era que todos fuésemos militares, de ahí que tuviésemos que llevar el uniforme, aunque no lo usáramos demasiado. Los miembros del CNI trabajamos casi siempre (o siempre) de incógnito y nos ponemos el uniforme en contadas ocasiones, incluso cuando actuamos en zonas de conflicto. Mantener la discreción y el anonimato es una de nuestras mejores medidas de protección.

Hicimos el viaje vía Londres en un ambiente distendido, bromeando con la idea de que, a la vuelta, cuando acabáse-

mos la misión, podríamos regresar por París y corrernos una juerga, o, al menos, organizar alguna celebración. Los cuatro estábamos de acuerdo en que Londres era una ciudad más aburrida. La charla duró poco. Al poco de despegar, no tardamos en quedarnos dormidos. La tensión nos provocaba cierto cansancio mental, no tanto por miedo, sino por respeto ante la situación que nos aguardaba, por el peso de la responsabilidad y, en mi caso, por la excitación que me producía una experiencia totalmente nueva para mí. Lo que más nos preocupaba, y en eso coincidíamos todos, era cumplir bien nuestra misión. Me desvanecí nada más terminar la cena que nos sirvieron en el avión y no desperté hasta que unas palabras en inglés me sacaron del profundo sueño en que me había sumido. Abrí los ojos y me encontré con la cara de un tripulante de cabina que me ofrecía el desayuno. No sé por qué, pero aún me acuerdo de él.

Serían alrededor de las siete de la mañana cuando llegamos a Kuwait. En la aduana presentamos nuestra documentación militar. Como España era miembro de la coalición, los trámites para entrar en el país no serían demasiado complicados. Y así fue.

En el aeropuerto nos esperaban nuestros compañeros, los miembros del CNI a los que en poco más de un mes sustituiríamos, todos salvo Alberto Martínez, comandante de Caballería, que había viajado con nosotros porque regresaba a Irak después de pasar unos días de descompresión con su familia en España. Él y Luis Ignacio Zanón, sargento primero del Cuerpo de Telegrafistas del Ejército del Aire, que había venido a buscarnos en un Nissan Patrol blanco, estaban destina-

dos en la base de Nayaf. Carlos Baró, comandante de Infantería, y Alfonso Vega, brigada, que tenían su oficina en la base de Diwaniya, llegaron en un Chevrolet Tahoe azul. En sus caras se podía adivinar una mezcla de alegría y preocupación. Allí estaban los hombres que les iban a relevar y tenían cinco días por delante para trasladarles toda la experiencia que habían adquirido en los cinco meses que llevaban en Irak y conseguir que los equipos siguieran continuando con la misma eficacia que ellos habían demostrado.

Nos saludamos de manera afectuosa y con las frases habituales:

—Bueno, ya estáis aquí. ¿Qué tal el viaje?

—Bien, muy bien, un poco largo, pero sin contratiempos. ¿Y vosotros? Porque habéis hecho un montón de kilómetros...

—¡Qué va! Llegamos ayer y hemos pasado la noche en un hotel de Kuwait City. Hemos podido dormir y ducharnos en condiciones, que ya lo echábamos de menos. Además, hemos aprovechado para cambiar el vehículo. Cada mes y medio lo sustituimos para que el modelo y el color sean diferentes y no lo puedan identificar en la zona —contestó Alfonso Vega.

Cargamos las maletas en los dos vehículos y emprendimos viaje por una especie de autopista, muy poco transitada, hasta la frontera de Irak, donde pasamos el control sin que nadie nos pusiera pega alguna. Desde allí nos dirigimos hacia nuestras bases, la de Al Ándalus, en Nayaf, y Base España, en Diwaniya, a unos cuatrocientos kilómetros de la frontera.

Durante el recorrido, lo primero que me llamó la atención fue el paisaje. Es verdad que no hacía el calor extremo, a veces

insoportable, del que nos habían hablado, porque estábamos en noviembre, pero, aun así, íbamos en mangas de camisa. Todo lo que abarcaba nuestra mirada era un gran desierto blanco; no un desierto de arena, sino de piedra muy clara en la que se reflejaban los rayos del sol, dando al suelo una intensa luz blanquecina que casi deslumbraba.

Conforme avanzábamos por aquella carretera —bautizada como «la autopista de la muerte» en la Guerra de Golfo—, empezamos a ver a los lados vehículos destrozados. A izquierda y derecha había carros de combate y todo tipo de transportes militares que debieron de ser alcanzados por las tropas americanas en su camino hacia la capital durante la invasión. Allí seguían abandonados de una forma caótica. No eran tantos como para pensar que se trataba de una gran unidad militar, pero esos vehículos, que seguían allí meses después diseminados por el desierto, nos recordaban que ese lugar había sido el escenario de una dura batalla. No podías dejar de pensar que, seguramente, muchos soldados habrían muerto allí mismo y que otros habrían huido ante el avance de las tropas y los bombardeos. Era como si esos camiones y tanques quemados siguieran dando testimonio de lo ocurrido ocho meses antes.

También, claro está, eran reflejo del caos que vivía un país con veintiséis millones de habitantes que durante veinticuatro años había sufrido una férrea dictadura y dos guerras, la de Irán, en 1980, que duró ocho años, y la del Golfo, en 1990, tras la invasión de Kuwait. Un país que desde entonces había sido víctima de un duro embargo internacional y que ahora estaba invadido y gobernado por los americanos. Y siempre atrapado

en la división interna causada por su gran complejidad tribal y religiosa, con la eterna rivalidad entre suníes y chiíes.

Los nuevos, los recién llegados, no dejábamos de mirar a un lado y a otro un tanto atónitos. José Carlos Rodríguez, que iba a ser mi jefe a partir de enero, y yo íbamos en el vehículo del equipo de Diwaniya, porque ese era nuestro destino. Al ver nuestros ojos como platos, Carlos Baró se volvió hacia atrás y con una media sonrisa nos dijo:

—¡Bienvenidos al infierno!

José Carlos y yo nos miramos durante un instante, respiramos hondo y volvimos a fijar los ojos en aquel blanco y yermo paisaje que se veía a través de las ventanillas. Pensé que era una broma de Carlos para romper la tensión o, quizá, su manera de ponernos las pilas para que fuéramos espabilando y tomáramos conciencia de dónde estábamos.

Realmente, aquello parecía las ruinas del infierno, donde ya no quedaban ni demonios. Tan solo nos cruzamos con algún que otro control militar, unas veces custodiados por soldados americanos y otras por italianos o por la nueva policía que había sustituido a la de Sadam. En ninguno de ellos nos detuvieron. Estaba claro que éramos occidentales.

Apenas se veía población local. En algunos puntos donde había surtidores de gasolina se arremolinaban pequeños grupos de personas que esperaban para llenar los depósitos de sus coches o sus motos, o sus garrafas. A pesar de tener gran cantidad de petróleo, siempre había problemas de suministro. Es un país en el que apenas hay vegetación ni sombras en las que cobijarse, y las poblaciones están bastante dispersas, por lo que casi todos los desplazamientos deben realizarse en coche.

Íbamos por una especie de autovía, pero el asfalto estaba bastante deteriorado y había que circular con precaución. La mayoría de los carteles estaban escritos en árabe; solo unos pocos se podían leer en inglés y eso nos impedía reconocer los lugares por los que pasábamos.

De vez en cuando, Carlos nos alertaba:

—Mirad lo que nos va a adelantar.

Por la izquierda, a toda velocidad, nos rebasaron varios vehículos todoterreno con los cristales tintados. Solían ir en grupos de tres, con las ventanillas medio bajadas y asomando sus armas por ellas. Si nosotros circulábamos a unos ciento diez kilómetros por hora, ellos lo hacían a ciento ochenta.

—Son «contratistas» —nos explicó Carlos—. Así los llaman, aunque en realidad son mercenarios americanos, casi siempre veteranos de los cuerpos de élite estadounidenses, que trabajan para su ejército o para las grandes empresas que hacen negocios en Irak. La mayoría son paramilitares integrados en potentes empresas de seguridad que suelen hacer trabajos de transporte y dan cobertura a altos cargos.

Para ser un país ocupado, lo cierto es que no se apreciaba una gran presencia militar. Nos encontramos solo a algunas patrullas en la entrada y la salida de los pueblos que íbamos atravesando, en los que la vida parecía más o menos tranquila. Pequeños talleres y tiendas estaban abiertos, aunque daba la impresión de que su actividad era más bien escasa. Lo mismo sucedía en el campo, donde apenas había gente trabajando.

Para aprovechar las horas de viaje, repasamos con Carlos y Alfonso el plan para los días siguientes, que ya estaba más o menos cerrado.

—A partir de mañana iréis conociendo a la gente con la que hablamos y os enseñaremos la zona de Diwaniya y algunos pueblos de los alrededores. Más o menos, esa es la zona por la que nos movemos. El sábado, el día 29, está previsto que viajemos a Bagdad para que recojáis las acreditaciones de la coalición y conozcáis al personal de la embajada. Después veremos a los compañeros que trabajan allí. Ya está comunicado al Centro y lo han autorizado.

En aquel largo camino solo paramos una vez; fue a los pocos kilómetros de cruzar la frontera. Quisimos pisar el suelo iraquí y contemplar el paisaje con algo de calma. No recuerdo bien quién sugirió la idea.

—Venga, poneos ahí. Vamos a sacar una foto de recuerdo.

Posiblemente fue Luis Ignacio Zanón, Nacho, que sacó la cámara del coche y, tras apoyarla en el Nissan y preparar el disparador automático mientras nosotros nos colocábamos, se unió al resto del grupo corriendo. Imagino que fue él porque en la foto aparece en un lateral, algo separado del resto, como si no le hubiera dado tiempo a llegar del todo.

Fue uno de esos momentos amables entre compañeros que siempre se recuerdan. ¡Cómo imaginar entonces que no sería una foto más para el álbum! Que el instante captado por el objetivo se convertiría en un símbolo, en homenaje y recuerdo de las víctimas de la mayor tragedia que hemos sufrido los miembros del Centro Nacional de Inteligencia, de aquella terrible emboscada en la que nos vimos atrapados el 29 de noviembre de 2003. Yo aún sigo preguntándome, cada día, por qué salí vivo... ¿Por qué, de los ocho, solo yo?